Desasirse de la figura para pintar en libertad

La mujer en la obra de Javier Fernández

Marina Saravia

La pintura es para Javier Fernández un trabajo de la voluntad, no de la razón. "La razón", explica, "siempre busca estorbarle al hacer, mientras que la voluntad es una acción del hacer. Por eso no me pregunto los motivos de mis obras, trato de alejarme lo más posible del intelecto, de lo conceptual, para que aflore el interior".

Él quiere pintar en libertad, desprenderse de sí mismo, suprimir el yo, los sentimientos, la razón, para dejarse fluir, llegar a un encuentro con la otredad a través de líneas, texturas, colores, el lenguaje de su pintura.

Por eso trabaja sin proyectar, sin hacer bocetos, no quiere casillas, corrientes ni condicionantes, sino un universo puro, libre de patrones y de símbolos para navegar en él, dejarse llevar, impulsado por su propia energía.

"Mis pinturas son yo mismo, mi espacio interior, un mundo de acción atrapado en una tela. Es relativamente fácil caer en la tentación de querer satisfacer a la razón, tanto propia como del espectador, hacer lo que la gente espera que uno haga, sin embargo resulta limitante y nos obliga a encerrarnos en ciertos símbolos y elementos con los que se nos asocia", explica.

"La pintura, como yo la concibo, va más allá de la figura. Es una manifestación no lineal, no rígida, que expresa la energía generada en el pintor. Ésa es la fuente de la pintura, no el exterior, sino el interior del artista, es su nutriente."

¿De dónde nace esta energía?

Viene del hacer, y de la capacidad de asombro. Es algo que hay que buscar y trabajar, implica la disciplina de desasirse del propio yo, alejarse de lo racional. Yo he caminado en este sentido apoyándome en figuras concretas. Las repito y exploro unitaria y fragmentadamente hasta que me olvido por completo de la figura y me centro en la pintura.

La mujer como motivo plástico

El cuerpo femenino ha sido uno de los motivos recurrentes en la obra de Javier Fernández, de hecho pintó una colección de más de 20 lienzos, todos de mujeres, que expuso bajo el nombre *El color navega en grupo*, en Casa de Cultura de Colima en 1992.

♦♦♦

¿Por qué la mujer?

No podría decirlo a ciencia cierta. Tal vez haya un trasfondo psicológico, no sé, porque la elección de un objeto plástico no es un acto racional, una decisión fundamentada. La mujer me interesó no como género o persona, sino como forma, pero igualmente podría haber elegido palmeras, o animales o cualquier otra cosa.

Javier Fernández se obsesiona, por periodos, con diversos objetos plásticos. Ha pasado por la época de los perros, los juguetes, los automóviles y las mujeres.

Siento, como decia antes, la necesidad de repetir y repetir una misma figura para desprenderme de ella sin tener que explorar otros temas. Es una disciplina para no tener disciplina, un poco a la manera de los pintores chinos, que se especializan hasta la saciedad en un solo objeto. Pintan un bambú una y otra y otra vez, hasta que lo conocen tanto que se olvidan del objeto, se compenetran a tal grado en la esencia del bambú que sus trazos, sus movimientos, su mente, se desprenden de la idea del bambú y éste sale por sí mismo. Es pues una disciplina en que, paradójicamente, se trabaja sobre una forma para olvidarla y entonces, pintar libremente.

Es necesario adquirir condición para lograr este alejamiento, esta ligereza. Aquí sucede como en el deporte, a fuerza de practicarlo lo dominas hasta vencer lo que te limita.

¿No hay entonces un interés particular en el mundo femenino?

Que yo sepa no. Puede haberlo sin que para mí sea consciente. En la época en que pintaba sólo mujeres, hace unos tres años, me decían que muchas de las obras se parecían a mi mujer. Yo no lo veo así y jamás traté de pintarla a ella. Creo que lo cotidiano fluye en la pintura a nivel inconsciente y la mujer es parte de lo cotidiano, estamos permanentemente en contacto con ellas, con la figura humana en general. Recurrí a la figura femenina porque es sabrosa, motiva, es rica plásticamente, sensual, pero finalmente es un soporte, un medio para pintar.



El encuentro de Javier Fernández con la mujer en la pintura fue fortuito pero intenso. Nació de una Venus prehistórica descubierta recientemente en Europa, cuya fotografía vio en una revista.

Una figura milenaria lo invitó a entrar en la plasticidad de la mujer y exploró este universo por casi cuatro años. Al iniciar esta etapa pintaba sólo cabezas, no le interesaba entonces el resto del cuerpo ni los rasgos masculinos o femeninos, de hecho eran figuras asexuadas, luego fue ampliándolas y resultaron mujeres, a veces aisladas, otras en grupo, de pie, sentadas, recostadas, acompañadas de objetos e incluso de partes del cuerpo, caras, manos, piernas, cabezas.

Disfruté mucho haciendo mujeres, pero resultaron tal vez demasiado agresivas para el público. Cuando expuse en Colima *El color navega en grupo* quedé un tanto decepcionado con la respuesta, porque la figura le ganaba a la pintura, le gente quedaba atrapada por las expresiones, las formas y no veía la pintura. Yo no esperaba esa reacción. Tal vez mi forma de abordar la figura femenina era demasiado fuerte, por ello preferí alejarme de ese objeto plástico y comencé a pintar juguetes. Juguetes con ruedas casi siempre.

En este momento —y yo diría que como producto de la disciplina de repetir una figura para liberarme de ella— estoy trabajando con un lenguaje mas bien abstracto, ahora sí, sin el sostén de elementos reales.

Creo que conforme me acerco al arte abstracto, soy más yo mismo en la pintura, estoy más desligado de una idea formal de la realidad.

Javier Fernández inicia un nueva experiencia ahora con el lenguaje abstracto. Ha comenzado por fin, después de años de búsqueda y disciplina, a pintar en libertad, aunque, dice, seguramente es sólo una etapa.

Tal vez después vuelva a la figura, tal vez explore otros caminos, no me inquieta saberlo, lo importante es caminar...♦

